

Víctor Castro

Recuerdo y sentimiento de un poeta muerto



E llamaba Heriberto Rocuán y estaba destinado para la poesía. Le era difícil el mundo sin ella. Relampagueaba en su sangre un todavía nudoso secreto de metáforas, un juego aún en la tibieza de la armonía, en ese consentir violento e impreciso que tiene toda vocación inalterable, toda imprescindible perspectiva de humanismo expresado en fuego, flor, vena y deslumbramiento. Y sin embargo, estaba buscando, por caminos personales, un don que le situara en su propia residencia, con esas mismas palabras en que otros vulgarizan conceptos endebles, o deslizan un porfiado castillo de pintorescas actitudes. Y, temeroso, porque tenía conciencia artística,—escribía calladamente, sintiendo que al interior caliente de sus huesos alojaba el viejo suspiro del verso.

A los veintitrés años no podía, naturalmente, situarse en un muy sagrado recinto. Estudiaba en los libros y en la vida. En los libros, su preocupación era más sagrada que cualquier otro propósito humano. Ellos le creaban un balcón apto para la nube, el aire y el ruido persistente de los astros golpeando con la despreocupada insistencia, su corazón inquebrantable. Y en la vida, siempre buscó una forma exótica, romántica y hasta pintoresca de pasar por ella. Cualquier extraño recinto le atraía.

Cualquiera voz de ternura le podía cambiar en heroico y encendido joven de romance. Cualquier raro personaje de travestida le llamaba la atención, le llevaba en una investigación y hasta en una amistad de búsqueda y razonamiento. Y su modo general de ser, era el instante, la sorpresa, la variación, el pedazo de cielo que cabe en una lágrima.

El alma limpia. La voz transparente. La actitud ya rotunda de quien ha llorado en el primer intermedio de su ya mundo, le estaban indicando como una raíz necesaria en un terreno de verdes desengaños. De hondos descontentos, originados por la inercia o la ignorancia; por la mediocridad y el resentimiento. Y estaba dando muestras de un resplandor altivo y respetuoso, consciente de un deber que le asistía y un derecho que lo ganaba.

Publicó un pequeño libro, sincero y lleno de metáforas precisas por su adivinamiento. *Las Sienes* (1942) era el primer impulso de sus sueños, la primera magnitud de su sangre. Después, la voz fué buscando un cauce, y era tan impetuosa su impaciencia, que así pudo florecerle la palabra:

«Sentir que entre la ropa, altivamente en sombras,
un olor ceniciento
se anida quietamente...»

«El Beso»

.....

«Al fin entre mis dedos
como un guante sin mito,
la flor o la sonrisa mutilada y marchita. ...»

«Persecución del sentimiento».

Y era en su soledad un aprendiz de bellas cosas. Se cultivaba y trataba de encontrar la poesía en la más completa expresión artística. Y al poeta demasiado ignorante le aburría, le descorazonaba o le causaba un abismo de secreta y sutil repugnancia.

Un diciembre, hace ya un año, murió secretamente, así como había aparecido. De todos los amigos escritores o poetas, sólo unos pocos le acompañaban en la huella de su último suspiro. Pasó, como esas existencias de raros perfiles, pero que era digna de respeto porque tras su nombre había un poeta y un hombre. Quienes le conocieron tendrán que pensar en su enorme silencio, en la quieta flor que vive de sus huesos, en su pálida figura pidiendo más vida, más amor, más cielo, más poesía para su infinita morada de exhalaciones.